

Modernismo: Ariel como símbolo

José Luis ABELLÁN
(Universidad Complutense)

La expresión “modernismo” va siendo cada vez más aceptada como designación de la crisis de fin de siglo entre el XIX y el XX en el ámbito de la cultura hispánica. En un primer momento la palabra aludía muy directamente a la revolución formal que se estaba verificando en la esfera literaria, muy principalmente en la poesía, aunque no eludía completamente la prosa, pero a medida que su círculo de denotación empezó a admitir también aspectos ideológicos, la prosa fue plenamente admitida en su esfera significativa, al tiempo que se dilataba el espacio de su aplicación hasta comprender a la literatura que se hacía también en España.

Cualquier persona medianamente culta recuerda los tiempos en que se enfrentaba “modernismo” a “98” como “un conflicto entre dos espíritus”, según la expresión que Pedro Salinas emplea en 1934 en el título de un famoso ensayo sobre el tema¹. La tesis se fue extendiendo hasta crear un estado de opinión que cuajó plenamente en 1951 con el explícito título de Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a 98*. La crítica se atuvo en general a esa distinción, que llegó a plasmarse en numerosas historias de la literatura española del período hasta que en 1969, Ricardo Gullón realizó una implacable denuncia con estas palabras:

¹ Pedro Salinas, “El problema del modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus”, en *Literatura española. Siglo XX*, 1941.

“La invención de la generación del 98, realizada por Azorín, y la aplicación a la crítica literaria de este concepto, útil para estudios históricos, sociológicos y políticos, me parece el suceso más perturbador y regresivo de cuantos afligieron a nuestra crítica en el presente siglo. Perturbador, porque escindió la unidad de la literatura de lengua española, embarcada desde 1880 en ardua aventura renovadora, e indujo a creer que la creación literaria había sido impulsada, durante veinte o veinticinco años, por un acontecimiento que sin duda la afectó, pero de modo más accidental y superficial de lo aseverado por Azorín. Regresivo, porque al mezclar historia y crítica fomentó la confusión en ambos campos, trazando para la crítica una avenida jalonada de lugares comunes ajenos a lo esencial del proceso creador. Así la desvió del camino estrecho por donde puede llegar a la comprensión de la obra de arte, mediante el análisis de los procedimientos puestos en juego para lograrla.”²

A raíz de esta denuncia, la tajante división entre uno y otro espíritu fue puesta en entredicho, tomando cuerpo creciente la opinión contraria, es decir, que “modernismo” y “98” no eran sino dos caras de la misma moneda. Y así igual que ya nadie duda de que existe modernismo en España, se acentúa también cada vez más la opinión de que el 98 no sólo afectó a la nación peninsular sino a todo el continente americano. De aquí que desde ahora pueda hablarse de un “98 iberoamericano” sin que a nadie le sorprenda.

El énfasis que la investigación pone hoy en los estudios interdisciplinares permite afirmar cada vez más la importancia del año 1898 como un acontecimiento internacional que marcó el equilibrio de poder a uno y otro lado del Océano Atlántico. Los Estados Unidos no sólo se apoderaron de Cuba y Puerto Rico, sino que iniciaron su penetración en el Océano Pacífico a través de Filipinas y lanzaron su tentáculo hasta Centroamérica, mediante la artificial creación de Panamá como nación independiente para facilitar la construcción del famoso canal. Es, pues, legítimo hablar, como ya lo ha hecho algún estudioso, del año 1898 como una “divisoria de aguas” que anuncia un nuevo orden internacional para el siglo que está a las puertas.

Está fuera del sentido común que estos cambios se pudieran producir sin transformación ideológica alguna, y así ocurre que 1898 no es sólo un cambio en las relaciones internacionales, sino el umbral de una reacción ideológica contra la filosofía que amenazaba con dominar el planeta desde la más rigurosa unidimensionalidad. Empieza de este modo a verse que la poesía de Rubén Darío —el famoso caudillo de la revolución modernista— no estaba sólo

² Ricardo Gullón, *La invención del 98 y otros ensayos*. Editorial Gredos, Madrid, 1969.

inspirada por el amor a la belleza formal, sino que apuntaba a una concepción distinta del mundo, que el propio vate nicaragüense anunciaba en 1907 cuando al escribir el prólogo a su nuevo libro, *El canto errante*, decía: “No, no se trata de una cuestión de formas. Se trata, ante todo, de una cuestión de ideas”³.

Es este aspecto ideológico el que va a provocar una profunda solidaridad intelectual entre Rubén Darío y José Enrique Rodó. Como es sabido, éste tuvo siempre una extraordinaria admiración por aquél que manifestó en sendos escritos publicado ambos en magna ocasión. El primero de ellos es un largo estudio, fechado en 1899, centrado sobre todo en el análisis de *Azul y de Prosas profanas*, donde resalta la afinidad de sus “comunes pensares”, en original expresión de Rodó, para reafirmarse como “camaradas de ideas”; para mayor énfasis de esa común sensibilidad, añade a continuación:

“Yo soy un *modernista*; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas.”⁴

El segundo de los escritos dedicados por Rodó a Rubén Darío es una necrológica breve con motivo del fallecimiento de éste en 1916; termina ese artículo con una entusiasta invocación de lo que la figura del vate nicaragüense tenía de ideal inspiración: “Su nombre –dice–, que ya tenía en vida de él, cierta vibración de nombre ideal y legendario, resonará en el tiempo con el poder evocador de un símbolo de renovación y poesía, como el del Apolo Hiperbóreo, que el mito clásico representó sobre aéreo carro de cisnes, difundiendo nueva belleza y nueva vida en el seno de la naturaleza arrancada al letargo del invierno”⁵.

Al año siguiente –1917– morirá también, en singular premonición, Rodó, durante un viaje por Italia, pero ya había tenido tiempo Rubén de dejar constancia de lo que de ideal tenía a su vez para él el nombre y la obra del insigne prosista. En 1905 al publicar *Cantos de vida y esperanza*, el primer poema, es decir, el que da sentido y significación al resto del libro, aparece dedicado

³ Rubén Darío, *Obras Completas*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1953; tomo V, pág. 951.

⁴ “Rubén Darío”, *Obras Selectas*, Buenos Aires, 1956; pág. 197.

⁵ “Rubén Darío”, *Ibid.*, pág. 818.

a José Enrique Rodó. El mensaje ideal y evangélico de la tradición cristiana está ahí sutilmente subrayado; tras señalar la sensualidad de su vida anterior:

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
aparece la estrella que en adelante guiará su vida:
En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Sobre la identificación de esa estatua –alma no puede haber duda cuando unos cuartetos después escribe:

Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

para terminar el poema con esta rotunda afirmación:

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... – ¡la caravana pasa!

El mensaje cristiano que América había recibido, como la propia lengua, de España se hace patente a lo largo de todo el libro, sin que sea necesario ahora acudir al segundo poema –“Salutación del optimista”–, tan de sobra conocido por todo el mundo. Es la misma inspiración que mueve la pluma de Rodó y que tendrá su encarnación simbólica en la figura de Ariel –otro Apolo Hiperbóreo–, como pretendemos mostrar aquí.

Es una inspiración que viene de España –de ella recibieron los pueblos latinoamericanos el idioma y la religión–, aunque el positivismo, como ideología emancipadora de los pueblos americanos, reaccionara contra ella. Por eso ahora hay que volver a movilizar otra reacción de signo contrario, en un nuevo acercamiento a España. La garra del poderío norteamericano ha enseñado ya su mortífera disposición en la guerra contra España en el Caribe –Cuba y Puerto Rico son el claro ejemplo– y en la artificial creación de Panamá en Centroamérica.

La denuncia es meridiana en el poema dirigido al Presidente Roosevelt:

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aun reza a Jesucristo y aun habla en español.

.....

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.

Pero a su vez la advertencia es clara:

Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.

Ante esa amenaza se hace evidente la necesidad de volver los ojos a España. Sí el mensaje no admite dudas en Rubén Darío, mucho menos lo admite en José Enrique Rodó, que en 1905, el mismo año en que el poeta de Nicaragua había escrito *Cantos de vida y esperanza*, publica su texto "Magna Patria", donde dice:

"Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar— es aún un sueño cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas."⁶

Pero, si esto escribe en 1905, solo unos años más tarde, en 1911, extraerá todas las consecuencias:

"Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la

⁶ "Magna Patria", *Ibid.*, pág. 709.

corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o si se prefiere, de porvenir, a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, o transfigurada, en nuestra América: sí; pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano –que es el orgullo de la tierra, y es, además, el orgullo de la raza– no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que España se va con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que España se va... Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que vuelve: de que torna a ser original activa y grande, me alborozo, y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorrillos de fe. Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza.”⁷

La común sensibilidad ante el tema de España y América que manifiestan los dos grandes espíritus que venimos estudiando –Dario y Rodó–, revelan como el “modernismo” no sólo no se hizo de espaldas a la Península ibérica, sino que implica una reconciliación histórica con ella en el común modo de entender las relaciones entre ambas; de aquí el enorme interés que tiene examinar, a esta luz, el mensaje que nos dejó Rodó en su *Ariel*, pues es en ese ensayo –modernista, por excelencia, además– donde la nueva inspiración ideológica se revela como manifiestamente explícita. Resumamos, pues, lo que para nosotros tiene de tal.

Empieza *Ariel* por una dedicatoria muy reveladora “a la juventud de América”, pues es ella la que de forma eminente representa el futuro de esa parte del continente que se define por su origen ibérico. No distingue Rodó dentro de su discurso naciones o repúblicas independientes, pues se dirige a toda la América Latina en su conjunto y sin distinciones. Hay una afirmación palmaria de la unidad intelectual y moral que la distingue de la América anglosajona. Y esa unidad se caracteriza por la fe en el ideal desinteresado de la belleza y la armonía. En muchos lugares de su discurso se refiere Rodó a ese “ideal desinteresado del espíritu” que convierte a nuestra América en “hospitalaria para las cosas del espíritu”. De ese sentido ideal emana “la

⁷ “La España niña”, pág. 799.

visión de una América regenerada”, en la que –les dice a los jóvenes– “no seréis sus fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la precedan”. Se anticipa en vosotros –añade– “el advenimiento de un nuevo tipo humano”, que es la personificación de una nueva civilización. A ese fin la nueva generación tendrá que ir poniendo lentamente los cimientos, ya que, como dice líneas después “la obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente no ya la compensación del laudo y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro”⁸.

Tan convencido está Rodó de esa unidad intelectual y moral de la América hispana, que asegura que “basta que el pensamiento insista en *ser*, para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro”⁹. Precisamente por esa seguridad nos apartamos –viene a decir– de la América del Norte, donde “desde la puritana Boston se anunciaba solemnemente... que el éxito debía ser considerado la finalidad suprema de la vida”¹⁰. Y es que, cuando no se está seguro de tener razón, hay que buscar el éxito desesperadamente.

Los críticos que se han ocupado del *Ariel* suelen insistir en la contraposición entre Estados Unidos y la América española preconizada por Rodó, pero la verdad es que el pensamiento de éste suele estar mucho más matizado de lo que tales críticos suelen presentar. Es verdad que Rodó establece diferencias y contrastes, pero siempre acompañadas de frases con que aminora la actitud crítica. “Todo juicio severo que se formule de los americanos del norte –dice– debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo”¹¹. Y, en otro lugar, afirma sin tapujos que “aunque no les amo, les admiro”¹². La actitud general de Rodó es poner coto al utilitarismo avasallador que constituye una seria amenaza al “modernismo” preconizado como fórmula de ideal, y desde el cual se critica la ideología positivista que, desde mediados del siglo XIX, amenazaba con negar el mundo de las ideas. Ese positivismo invasor había adquirido dimen-

⁸ *Ariel*, Editorial del Departamento de Instrucción Pública, Puerto Rico, 1968; pág. 89.

⁹ *Ibid.*, pág. 86.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 73.

¹¹ *Ibid.*, pág. 60.

¹² *Ibid.*, pág. 64.

siones preocupantes en Estados Unidos, y de forma especialmente inquietadora, en el ámbito de una concepción de la democracia que medía a todos los hombres con el mismo rasero. Por eso dice:

“La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*.”¹³

Pero, si es verdad que “los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario”, es también un hecho que “el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. —Y, de admirarla, se pasa, por una transición facilísima, a imitarla”¹⁴.

Ese espíritu de imitación es el que pone en peligro la originalidad, la independencia y, en definitiva, la personalidad de América latina. Surge así en Rodó, como una pesadilla, “la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte”¹⁵. Esto es lo que él llamará *nordomanía*, una obsesión colectiva basada en la exagerada admiración a Estados Unidos, tal como la formuló Sarmiento, en Argentina, o Francisco Bilbao, en Chile.

Como impulso contrapuesto a ese afán imitativo, define Rodó la atención consciente a la “independencia *interior*”, según cuyo criterio moral “forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza”¹⁶. Y es que —añade un poco más adelante— “tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran

¹³ *Ibid.*, págs. 55-56.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 56.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 56.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 58.

tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolismo, que hemos de atacar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidedad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro”¹⁷.

Pues bien, esa tradición de la latinidad, vinculada a nuestra herencia de raza, es el humanismo clásico vinculado a la historia europea del Mediterráneo y que tiene su traducción inmediata en las grandes ciudades helénicas. Esta es —opuesta a la ecuación *Washington más Edison*, propia de Norteamérica— “la obra que aún continua realizándose y de cuyas tradiciones y enseñanzas vivimos”¹⁸.

En ese sentido, dice: “Desde hace tres mil años, las orillas del Mediterráneo, civilizador y glorioso, se ciñeron jubilosamente la guirnalda de las ciudades helénicas”¹⁹. Para Rodó, “la gran ciudad es el organismo necesario de la alta cultura”, pero ese modelo urbano nada tiene que ver con el que se nos quiere imponer desde la civilización norteamericana. “Una sociedad definitivamente organizada —dice— que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociadidos, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena”²⁰.

Ese modelo urbano basado en la tradición greco-latina es el que Rodó quiere para los pueblos de la América a la que dirige su discurso. Sin duda, está pensando en Buenos, en Santiago de Chile, en México, cuando dice: “Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo”²¹.

Como vemos, Rodó no rechaza de modo explícito el positivismo filosófico y científico que ha traído la grandeza material de los pueblos anglosajones. Busca, por el contrario, una ley de armonía mediante el que se conjun-

¹⁷ *Ibid.*, pág. 59.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 77.

¹⁹ *ibid.*, pags.76-77.

²⁰ *Ibid.*, pág. 82.

²¹ *Ibid.*, pág. 85.

ten y aunen los bienes positivos –o materiales– con los intelectuales y morales. Por eso dice:

“La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección.”²²

El rechazo hacia el positivismo, proclamado por el modernismo, no tiene el sentido de una exclusión absoluta, sino, todo lo contrario, la asunción del mismo en un nivel superior; lo deja muy claro en su ensayo “Rumbos nuevos”, donde en 1910 escribe: “El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las ideas, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desabordado empuje de la utilidad”²³.

Esto lo llama Rodó “neo-idealismo”, pues la aspiración ideal es lo que caracteriza y conforma su actitud intelectual: la renovación de la cultura latinoamericana en busca de la libertad crítica y en un sentido trascendente. Es precisamente en esa busca y en ese afán en lo que Rodó y Dario quedan hermanados; así lo expresa éste último, con orgullo, al frente de sus *Cantos de vida y esperanza*, cuando dice: “El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado”.

La revolución modernista se ha consumado, pues, y Dario y Rodó aparecen como sus dos grandes portaestandartes. Es la misma que triunfó también en España como muy bien ha dicho Rubén, aunque en la Península ibérica esa revolución tomó el nombre de “98”. Pero, los nombres no importan, y ya vimos al principio como se puede también hablar de un “98 iberoamericano”. En cualquier caso, lo que importa es la realidad y la realidad se ha cumplido,

²² *ibid.*, pág. 79.

²³ “Rumbos nuevos”, *Obras Selectas*, ed. cit., pág. 588.

y esa realidad tiene un símbolo que es *Ariel*. Hablemos después de “modernismo”, de “neo-idealismo” o de “generación del 98” lo que creo haber demostrado aquí es que en el *Ariel* de Rodó se halla encapsulado su sentido más profundo; acudiendo a su profético ensayo hemos descubierto las claves del período: reacción contra el expansionismo norteamericano, tal como se ejemplifica en 1898, poniendo en peligro la identidad cultural de los pueblos hispánicos. El que esa reacción tome después uno u otro giro es ya una cuestión secundaria. La figura de Ariel se impondrá siempre como máxima expresión simbólica del período, en el que el triunfo sobre Calibán se hace imperiosa. Por eso las dos figuras aparecen –como una necesidad dialéctica– al principio del ensayo. Ariel representando el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; Calibán, como símbolo de la sensualidad y de la torpeza. Pero al final del ensayo, la ley de la armonía predicada durante toda la lección– se ha impuesto definitivamente. Y así nos lo describe Rodó con caracteres paradigmáticos:

“Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnífica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz, –la miserable arcilla de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. –Él es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista.”²⁴

Como protagonista del período pervive hasta nuestros días, poniendo de relieve algunas de las raíces seculares que todavía alientan en la cultura común de los pueblos hispánicos, poniendo a su vez esperanza en el futuro de un ideal compartido.

²⁴ *Ariel*, ed. cit., págs. 91-92.